

PABLO FERNÁNDEZ ALBALADEJO: *Materia de España. Cultura política e identidad en la España moderna*, Marcial Pons, Madrid, 2007, 350 págs.

De todas las reacciones que puede suscitar un libro como éste, hay una que es de estupor, y que brota cuando uno lee sus páginas sintiéndose, a la vez que como historiador profesional, parte del público en un sentido más amplio: ¿cómo es posible que la identidad española contemporánea haya producido tan poca reflexión sobre su propia historia intelectual de largo plazo?; ¿cómo es posible a la vista de dos largos siglos en los que, salvo en la última etapa, dicha identidad ha dominado sobre cualesquier otras alternativas a la hora de articular institucionalmente el estado y la comunidad política? ¿cómo es posible, en fin, sobre todo tras una larga dictadura nacional-españolista que podía haber puesto a su servicio toda una maquinaria historiográfica? Una parte importante de la respuesta a esta cuestión está en dentro de este libro, pero no se manifiesta sólo en su contenido, que también, sino en la sensibilidad con la que está escrito y articulado. Por avanzar ahora, la historia intelectual de la idea de nación es pobre porque no abundan en la historiografía española, en la reciente ni en la heredada, autores que, como el de este libro, desarrollen su actividad con un distanciamiento suficiente del contexto desde el que realizan su trabajo.

Empezando por el título mismo: *Materia de España*. Hay que ser osado para poner un título así en estos tiempos y pretender evitar el equívoco, más aún cuando es portada para un libro que, sin necesidad de aclararlo ni casi de declararlo, se muestra sobradamente alejado de todo apego a una noción ontológica y transhistórica de «España». En realidad, en lo que pueda tener de efectista, el título increpa más bien a quienes, por evitar ser tachados de esencialistas, terminan estando demasiado dispuestos a abrazar una perspectiva meramente constructivista, reduciendo España a «una *comunidad imaginada* de «usar y tirar»». Para Pablo Fernández Albaladejo, no es que España posea o haya poseído una materialidad, ni que deje o haya dejado de ser un artificio; más bien sucede que hay algo que irremediamente se escapa si uno tiene que elegir entre esencialismo y constructivismo formal: algo que afecta seguramente a cuestiones que van más allá de asuntos de conocimiento pero que en primer término tiene que ver con cuestiones intelectuales, y en concreto de conocimiento histórico, pues ese «algo» está de forma ineludible vinculado con el pasado histórico de una determinada comunidad política. Tal es la «materia» de la que trata esta obra, y que no se capta bien desde las coordenadas espaciales con las que solemos identificar el concepto mismo de nación; el asunto de este libro empieza en cambio a poder vislumbrarse si de partida asumimos que en él se nos habla de España en tanto que sujeto del tiempo, no ya sólo comprensible en el tiempo y desde el tiempo, sino además un sujeto cuya única «esencia» predicable es la de una condición histórica, esto es, cambiante y contingente, que se resiste a cualquier reducción a común denominador.

Para desarrollar su propuesta, y con una clarividencia que escasea, Pablo Fernández Albaladejo huye de posturas eclécticas y de enfoques que proclaman la virtud en un supuesto medio; con una humildad bastante inhabitual, avanza así que su trabajo ha entenderse más bien como una perspectiva «distinta» sobre el asunto. Para exhibir esta actitud hay que saberse portador de una visión no sólo original sino además rigurosa.

Como es ya habitual en él, no obstante, esa percepción ha de extraerla el propio lector a partir de la lectura de una serie de textos yuxtapuestos. Pablo Fernández Albaladejo no es hasta el momento conocido por ser autor de monografías; su especialidad son los artículos, pero unos artículos dotados de una especie de segunda naturaleza, pues esas piezas sueltas escritas a lo largo de varios años, con el tiempo se descubre que no son independientes sino parte de una unidad más grande; conforman una *opus maior*. Primero fueron aquellos *Fragmentos de Monarquía*, recopilación de textos que componían un esbozo de lo que pudo haber sido la constitución política del Antiguo Régimen común a Austrias y Borbones; ahora son éstos también textos reensamblados después de escritos y publicados, en este caso sin adjuntar ninguna pieza *ad hoc*. Del lector depende bastante concluir convencido de que se le ha ofrecido una materia unida o una más bien re-unida: el autor avisa, no obstante que, como en trabajos anteriores, estos artículos «no responden a un planteamiento perfectamente definido desde sus comienzos».

Hay en este caso, sin embargo, un *leit motiv* que el subtítulo a simple vista no refleja con toda precisión, pues la «identidad» que se menciona en él es en concreto esa que hoy denominamos nacional. Conviene subrayar a renglón seguido que la reticencia de Pablo Fernández Albaladejo a escribir «nación» en la portada del libro procede del cuidado que caracteriza su uso del lenguaje, y en especial cuando se trata de términos que remiten a conceptos universalizados por la modernidad; porque precisamente el asunto que atraviesa todos los textos del libro es la constatación de un discurso de «nación», en el sentido de orígenes de un sujeto colectivo, su nacimiento —*natio*—, su carácter e historia, en un Antiguo Régimen para el que en principio no resulta tan fácil hablar de nación, al menos en el sentido de fundamento de soberanía que tiene desde la tradición romántica posrevolucionaria europea. Justamente el tema que este libro estudia es cómo, en una época en que los criterios de reconocimiento jurídico, de personalidad política y de inclusión se apoyaban en otras comunidades de adscripción, existió sin embargo un discurso que giraba en torno del concepto de nación.

Lo primero que sorprende de esa «articulación» o conjunto de artículos sobre lo que habitualmente se entiende como «la idea de España» en la Edad Moderna es que, aun llena de erudición, comporta un enorme trabajo de «traducción» a lenguaje asequible para públicos no expertos de asuntos situados en la intersección entre la política, la teología, la filosofía política y moral de un mundo además bien diferente en sus coordenadas al nuestro. Esto se realiza sin menoscabo del rigor y el interés para el experto, que encontrará en muchos pasajes de estos artículos interpretaciones de enorme clarificación para el estu-

dio de las instituciones, las tendencias en la política o el marco de la producción intelectual de la Castilla (y Aragón) de los Austrias y Borbones. Pablo Fernández Albaladejo posee además una insuperable versatilidad para moverse por los textos y los contextos, por los escenarios y las bambalinas, entre actores políticos individuales y corporativos, alrededor de autores y lectores, y de hacerlo por el largo espectro que se abre con la llegada del joven Carlos de Gante a Castilla y se cierra con la convocatoria de Cortes en el Cádiz de la época de la invasión napoleónica, trescientos años después, de manera que no es exagerado afirmar que estos trabajos permiten, si no iluminarla en su conjunto, sí al menos reconstruir escenarios fundamentales de la historia del pensamiento político de la época de la *Monarquía Católica*, un término que ha sido él mismo quien más ha contribuido a afirmar como categoría consensuada en la historiografía de la Edad Moderna.

Ahora bien, también por eso, hay pasajes que encierran complicación, que suponen en el lector un esfuerzo de comprensión. El que aquí se ofrece no es un viaje organizado, y ello tiene un coste. Pero una vez admitido que en pureza sólo se viaja cuando uno confronta sus propios prejuicios, las recompensas son enormes, aunque impliquen pasar por situaciones de quiebra en las certidumbres heredadas. El libro se abre así con un artículo en el que el autor redimensiona el famoso 98 del siglo XIX al observarlo desde la perspectiva de cómo otras culturas políticas nacionales europeas parecen haber entrado un siglo después en la misma experiencia de angustia acerca de su identidad nacional, sea por la conciencia de pérdida imperial o por la integración europea. Visto desde esta perspectiva, la anomalía no reside en aquella visión trágica de la identidad nacional de nuestros antepasados, sino en la relativa superficialidad con la que el centenario de aquel 98 del siglo XIX ha podido ser despachado a fines del siglo XX.

Pero el valor de este libro está en el hallazgo de otras discontinuidades más sutiles y lejanas en el tiempo en materia de nación: no las que pueden haberse dado ya dentro de la modernidad en las maneras tan distintas de vivir la nación a lo largo de los siglos XIX y XX, tema en el que no aspira a ser experto, sino el de las otras numerosas, variadas, complejas discontinuidades que acompañan el recorrido de las retóricas sobre la nación desde finales del siglo XV hasta comienzos del siglo XIX, un fenómeno que el autor describe como de verdadero «correcalles identitario». Hay con todo un rasgo básico común a todo el contexto en el que se produce esa rica retórica nacional. Se trata de un lenguaje con cuyas matrices de significado se construyó el edificio entero de la Monarquía Católica, y que en estas páginas muestra su capacidad para ahorrar, cuando no deglutir y regurgitar, otros discursos, desde el humanismo renacentista a las tradiciones constitucionales del derecho común, incluso el discurso de la sociedad comercial y la tradición republicana, ya en el siglo XVIII. Pues bien, sobre ese trasfondo de un lenguaje teológico universalista como fundamento de cultura política, e incluso conformador de orden social en su sentido más profundo,

y dentro de un escenario de monarquía compuesta de distintos principados y territorios con sus tradiciones jurídicas y discursivas, cabía una reflexión sobre la nación que servía a cuestiones diferentes dependiendo del contexto de formulación.

Lo que en suma nos descubre Pablo Fernández Albaladejo es una tradición. Una tradición compuesta del arsenal de imágenes, representaciones, interpretaciones, argumentaciones y polémicas generado al dar vueltas alrededor de una materia de nación; tradición que, si por un lado está plenamente establecida desde mucho antes del famoso 98 de la supuesta generación del problema de la «identidad nacional», por otro se caracteriza por un lenguaje, unas matrices discursivas y de significado que la vuelven incomparable, incontrastable con los usos y significados que posee actualmente, apoyado en otras matrices valorativas. Este es el sentido profundo de ese viaje a lo desconocido, que no tiene que ver con lo meramente informativo. Ni puede ser despachado como simple expresión de erudición. Pues gracias a ese periplo hacia lo extraño, Pablo Fernández Albaladejo obtiene recursos para tomar distancia de algunos lugares comunes con los que los historiadores, sus colegas, afrontamos el estudio de la identidad nacional en el tiempo; y con el que los ciudadanos lo refrendamos. Como mínimo, un problema que tenemos, se nos está indicando, es el de no haber sido capaces de hacer visible dicha tradición, pues no podemos entonces hacer referencia a ella cuando reflexionamos sobre las encrucijadas actuales de nuestra comunidad política. Y es que no por no constar deja una tradición de influir: tal vez nuestra ausencia de reflexividad sobre esa tradición invisible se encuentre detrás de las tentaciones ontológicas en la interpretación sobre la nación características de la cultura política española actual.

Más que ningún otro trabajo anterior de Fernández Albaladejo, éste echa un guante a los «contemporaneistas»; y no porque al detenerse en 1808 esté reclamando que se rellene el posible hueco del siglo XIX hasta el famoso 98, mostrándonos cómo España siguió siendo materia de reflexión, debate e interpretación —y entonces ya también materia de educación nacional obligatoria. Sobre esto hay literatura abundante. El guante que deja arrojado es una invitación a salir del ensueño colectivo con el que el mito del 98 ha cautivado a varias generaciones de historiadores que estudian la idea de España en etapas contemporáneas, desde Artola a Núñez Seixas.

Pablo Fernández Albaladejo ofrece algunas herramientas alternativas; éstas se basan en primer término en cuestiones de sensibilidad, implican ante todo una actitud. Una principal es huir hasta donde sea conscientemente posible de la retrospección, esa tendencia a convertir el pasado en el espacio donde ante todo se buscan orígenes de fenómenos recientes o actuales; en su caso, estamos ante un testarudo combatiente contra la impostación con la que reducimos el pasado a las dimensiones de nuestras anteojeras. El enfoque prospectivo de Pablo Fernández Albaladejo tiene la virtud de no prejuzgar el significado que haya podido haber tras el término España o sus derivados en distintos contextos, ni la posición que tendría que ocupar éste dentro de las jerarquías conceptuales

establecidas. Esto es algo que puede resultar más difícil para el contemporaneísta, pero sólo si se resiste a asumir que la modernidad posee una historia que también implica importantes cesuras internas de significado de conceptos entre contextos. En un terreno más empírico, Albaladejo está sugiriendo que tal vez sus colegas deberían tomar como punto de partida menos la construcción del liberalismo en el siglo XIX y más las pervivencias que en términos de lenguaje —aunque no de discursos— se dieron entre la Monarquía Católica y la Nación de los católicos como fundamento de soberanía en que desemboca este libro.

Podría parecer que los diez años transcurridos desde ese 98 del siglo XX con que se abre el libro y la actualidad han venido de desconfirmar el planteamiento que ha ido animando sus distintas partes, pues la tentación de recuperar imaginarios ontológicos y angustiados de españolidad se encuentra ahora en pleno repunte. Pero esto no convierte esta obra sino en más actual. Para todo aquel que sienta un apego fuerte hacia una identidad nacional «españolista» necesariamente ontológica, he aquí la posibilidad de unos interesantes ejercicios de perplejidad, que pueden contribuir al sano distanciamiento, al comprobar desde qué diferentes matrices de significado ha podido concebirse esa supuesta España eterna o heredada; para quienes formamos parte del amplio contingente de ciudadanos incómodos con las connotaciones heredadas del pasado reciente en lo tocante al asunto, este libro ofrece un impagable punto de partida desde el cual al menos dar una oportunidad a la idea de España como tradición, entre otras cosas porque gracias a estas páginas dicha tradición que se hace ahora visible se muestra como un vasto patrimonio que no puede ser con facilidad apropiado por nadie y en el que hasta el momento sólo Pablo Fernández Albaladejo ha plantado sus reales. Quien aspire a competir por su representación, tendrá que hacerlo desde la altura intelectual de esta obra.

*Pablo Sánchez León*

ERIC FONER: *Who Owns History? Rethinking the Past in a Changing World*, Hill and Wang, Nueva York, 2003, 234 págs.

«La historia», observó el escritor estadounidense James Baldwin, «no hace referencia meramente, ni incluso principalmente, al pasado. Al contrario, la gran fuerza de la historia deriva del hecho de llevarla dentro, estamos inconscientemente controlados por ella en muchos sentidos, y está literalmente *presente* en todo lo que hacemos». La mencionada relación entre el pasado y el presente, y su impacto sobre el futuro, es el enfoque principal de esta colección de ensayos y discursos recopilados de Eric Foner. Uno de los grandes historiadores progresistas de los Estados Unidos, Foner hace hincapié en *Who Owns History?* («¿De quién es la historia?») no sólo en la forma con la cual nuestras preocupaciones en el presente condicionan nuestra exploración del pasado, sino